

A LA CAZA DE BRUJAS

En el último debate conciliar sobre libertad religiosa, un importante prelado asombró a sus pares con inesperadas acusaciones de infiltración marxista en el seno de la propia Iglesia. La situación no es nueva: toda la represión estudiantil en latinoamérica viene realizándose en nombre del anticomunismo, y no hace mucho tiempo que en algunos estados de Brasil se impidiera la circulación de la *Mater et Magistra* por considerársela socializante. Nuestro país —aunque apenas se note— existe en el mundo, y participa de sus pasiones y sus humores. En Argentina, algún sacerdote o un ex senador tucumano han levantado el índice acusador en varias oportunidades, y la Federación Argentina de Entidades Democráticas Anticomunistas revolucionó a la opinión pública de Buenos Aires con una serie de nueve solicitadas con espectaculares acusaciones de comunismo. Más recientemente, por lo menos dos veces ha soplado entre nosotros el viento del anticomunismo: sobre los universitarios disconformes en junio y julio pasados, y sobre los sacerdotes y laicos progresistas, contra quienes una sociedad con ramificaciones internacionales recolectó firmas en la Exposición Rural y en la avenida Santa Fe.

EL PELIGRO

Hay, nos parece, un enorme peligro en estas acusaciones anticomunistas: que la gente las crea. Por empezar, el hecho de ser **anti** —**anti** cualquier cosa que sea— es una posición negativa. Enfrentar al comunismo o a cualquier otra idea simplemente negándolo, siendo **anti** sin ser otra cosa que **anti**, es regalar la iniciativa al enemigo. Esperar que el de enfrente diga algo para ponerse en contra; ser anticomunista así, a secas, es perma-

necer a la defensiva, mera actitud de retaguardia sin imaginación y sin futuro. En la conducta de todo **anti** alienta la filosofía del agazapado, del que se enrosca en lo que tiene y sólo salta cuando lo tocan. La declaración altisonante y la acusación tremenda no corresponden al hombre que está firme en sus convicciones. Desatar la histeria en campañas de persecución y denuncias es, sencillamente, repetir la actitud de Roma: los mártires, siempre triunfan.

La persecución anticomunista encarcela pocos marxistas y convence a poca gente. No resuelve, en definitiva, el problema y, en cambio, causa enorme malestar. En efecto, en medio de la atmósfera irreflexiva de una caza de brujas galopante, cualquier idea de progreso es de inmediato confundida. Para el fiscal anticomunista de gesto airoso y acusación tonante todo está bien como está, y el que quiera cambiarlo es un rojo. El comunismo no es, para él, una idea política más, sino un engendro del Demonio, la religión del Anticristo, la maquinación de malignas mentes con perversas intenciones. Nosotros somos lo bueno y lo correcto, y cualquiera que proponga reformas es otro comunista o, a lo sumo, un idiota útil. La consecuencia inmediata es que, ante la perspectiva de verse señalada como marxista, mucha gente bien intencionada y sincera creyente de que no somos la perfección y de que este mundo puede mejorarse, reserva sus ideas y no las expone. La caza de brujas tiene, pues, poca eficiencia práctica; y asusta y silencia a quienes, no siendo marxistas, prefieren callar a ser acusados.

Y es en esa ceguera de que todo está bien y nada debe tocarse como mejor se ayuda al comunismo. Porque renunciando a las reformas estamos dejando

libre el campo para que otros las prometan. Hoy Cuba puede ser un desastre, pero hay que ver lo que era antes. Colombia, República Dominicana, Haití, no son diferentes. Allí hace años que la caza de brujas se viene practicando, y los comunistas han proliferado sencillamente porque no hay otros que procuren mejoras.

ENTRE NOSOTROS

En Argentina, naturalmente, las condiciones son otras, pero el mecanismo de la histeria es el mismo en todas partes: el producto de un gran miedo. El anticomunista enfático y estigmatizante es, en el fondo, un gran temeroso. El que necesita ver preso a su enemigo es un inseguro de sus propias fuerzas. Débil de sus propias convicciones. Ignorante de que Occidente, con dos mil años de historia, ha enfrentado ya a otras barbaries y otras herejías, y lleva en su seno las ideas y la fuerza suficiente para derrotar a los comunistas sin meterlos en la cárcel. Es que Occidente, cuna de la democracia, la libertad y el cristianismo, ha estado siempre en guerra. Desde el exterior, fuerzas oscuras y retrógradas lo han combatido sin miramientos. Unas veces el enemigo fue militar —Atila, Gengis Kan, Hitler, China hoy—. Otras veces el enemigo fue comercial —los turcos en el Mediterráneo, los moros en España—. Y otras veces el enemigo fue religioso —Mahoma y la guerra santa, la reforma protestante—. A todos los ha vencido Occidente. A algunos los ha simplemente rechazado —Mahoma, los bárbaros—. Otros, directamente fueron aniquilados —los turcos, Hitler—. Un tercer grupo, finalmente, no fue ni expulsado ni destruido. Reconociendo que tenían alguna razón y algún acierto, Occidente los incorporó a su se-

no. Fueron, entonces, vencidos por un medio más sutil y diferente: portadores de alguna excelencia, Occidente los enroló en sus filas y la hizo suya. La Reforma protestante es, en ese sentido, el ejemplo más cercano. A todos los ha enfrentado Occidente. Y a todos los ha derrotado. A veces usó la pluma. Y a veces también la espada. En ningún caso la horca.

Sin embargo, el desechar la caza de brujas como medio idóneo o siquiera digno de la tradición de Occidente, no debe volcarnos al otro extremo igualmente peligroso de pensar que aquí no pasa nada. Muy por el contrario, nuestra lucha debe continuar. Pero sin histerias. Encarcelar a un comunista es como tomar un analgésico: el malestar cesa, pero su causa profunda queda ahí, y pronto volverá.

Finalmente, es cierto que hay muchos jóvenes marxistas. La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires es un caso típico de la profunda adhesión al comunismo, y aunque en menor escala, el fenómeno se repite en prácticamente todo el campo universitario. En el ámbito de la universidad el comunismo es, pues, una realidad cotidiana y palpable. Pero esa misma condición de jóvenes y de universitarios de los "culpables" de marxismo es la que debe hacernos pensar. Por jóvenes, pura tensión hacia el futuro. Por universitarios, inteligencia abierta y dócil al mundo y las ideas. Visión puesta en el horizonte y espíritu predispuesto al idealismo, el joven es un cálido receptor de ideologías. Quien concurre a la universidad no es, precisamente, materia dispuesta a creer sin meditar, y no debemos caer en el error de atribuir su profesión de fe marxista a un engaño o a una moda y no a una profunda y sincera convicción.

Nuestros jóvenes se refugian en el marxismo porque casi no encuentran otra cosa. Otros jóvenes, de otras generaciones, también miraron hacia afuera. Sus padres idolatrarón o vituperaron a Hitler. O Mussolini. O Rousseau, o la neutralidad, o el

anarquismo: siempre cosas que venían desde fuera. Y lo mismo hicieron los padres de sus padres. Es que siempre fue así. Habitante de un país adolescente y sin pasado, el joven argentino no es el único responsable de su marxismo: simplemente busca fuera lo que en su propio país no encuentra.

Este es un país sin pasado porque el joven no recibe de sus mayores el relato coherente de ciento cincuenta años de azarosa empresa común, sino el ríspido aluvión de rencores incontables. No hay una historia argentina: hay varias. Hay la revisionista y hay la liberal. Sarmiento es un prócer para algunos y un traidor para otros. Rosas es, alternativamente, un patriota y un tirano. Héroes ímpolutos por un lado, miserables villanos por el otro, el joven argentino no encuentra, en los libros, una imagen clara de los argentinos que ya murieron. Y de los argentinos que todavía viven, la situación no es diferente: "vendepatria", "cabecita negra", "gorila", "antipueblo", son la actualización de nuestras divisiones que forman la herencia de nuestros mayores. Tampoco de los vivos recibe claridad el joven argentino. Y, confuso y desamparado, emigra. Se sumerge en el marxismo o en el nacionalsocialismo huyendo de nuestra convulsión.

Por eso esta explosión de acusaciones lo golpea como una injusticia. Porque el dedo señalante pertenece precisamente a sus mayores: los responsables de una seguridad que no supieron darle. Y que, como todos los culpables, son los primeros en reprochar.

El camino no está, pues, en las tonantes acusaciones. Debemos corregir nuestra Historia. Cesar de alimentar a los jóvenes con rencor y divisiones y proveerlos de una armoniosa doctrina nacional donde recalar y refugiarse. Poner la semilla y proteger su crecimiento. El día en que el joven encuentre en su casa y en su país las respuestas a su urgencia, ya no necesitará buscarlas afuera; y desechará al marxismo por eso que es: una doctrina extraña pensada para otros

países y otras gentes.

En cuanto a los alarmados por los comunistas, la solución no está en encarcelarlos. Por el contrario, debemos tratarlos sin temor y sin prejuicios. Están equivocados y se los puede derrotar. Bajar a Marx de ese pedestal de Anticristo donde lo subió nuestra ignorancia. Leer a Marx y conocerlo. Mirarlo como a otro pensador cualquiera de la historia. Despojado de su halo, reducido a su verdadera magnitud, Marx y el marxismo merecerán nuestra adhesión o nuestro desprecio. En ningún caso nuestro pánico.

Andrés Cisneros

**RENUEESE
CON UN...**

**BAÑO
TURCO**

**EL MAS
EFICAZ
DESINTOXICANTE**

BAÑO FINLANDES - MASAJES
PEDICUROS

Baños del
**Castelar
Hotel**

AV. DE MAYO 1148
T. E. 38-3244